

rectores de la producción y hacen lo que quieren: provocan crisis, efectúan operaciones sucias. El interés de unas cuantas personas causa la ruina de toda una nación.

Debemos convencer a la multitud de pequeños propietarios de que nada poseen en realidad; son dependientes o interdependientes. Todos los explotados y las sombras de propietarios hasta que no tengan en sus manos la producción,

no tendrá nada. El espíritu conservador se puede quebrantar con una propaganda intensa; a los labradores, a todos los pequeños propietarios debemos hacerles ver que en realidad solamente poseen ilusiones de propiedad; entre ellos la propaganda revolucionaria puede hacer mucho, conquistar hombres que dirijan sus esfuerzos a transformar las sociedades actuales.

E. GANTE.

DEL AMBIENTE NACIONAL

Heos aquí, otra vez, en plena efervescencia política. El pueblo—¡oh, el diversiforme fantoche de la fantochada democrática!— que parecía dormido, vuelve a agitarse, a vociferar, a agruparse en comicios; y, admírense los pocos justos de esta tierra, a servir con entusiasmo gregario a los figurones políticos. Se decía que el pueblo, la masa sufrida y laboriosa, estaba ya definitivamente desengañada de los hombres públicos, tan venales y zalameros, quizá más que las mujeres públicas. Pero no. La apatía era transitoria. El desencanto aparente, esporádico. El pueblo es imbécil. El pueblo no escarmenta. Cree en lo imposible: en la prohibición de los que quieren mandar. Y los encumbra, los sostiene en sus luchas menudas. Toma parte activa—es el primer elemento, el que recibe los golpes—en lo que no le importa, en lo que tiene relación no con los intereses de la República sino con las pretensiones de los dirigentes de los partidos que se disputan el bocado más grande. Radicales, conservadores, en el fondo iguales para actuar: los ideales, las doctrinas, la felicidad nacional, a un lado; los puestos públicos, las preeminencias administrativas y electorales, el acécho impúdico del presupuesto, eso sí, urgente, necesario, impostergable. ¿Cuántas veces se han repetido las mismas mentiras, ante las mismas multitudes? Sin embargo se continúa pensando en la eficacia de los parlamentos. Primero habría que enseñar elementos de moral y de decoro a los parlamentarios. Pero, a cada elección, el pueblo se dice: "Puede ser que éstos no sean como los anteriores." Y vota, el muy cretino, vota. Después, igual, igual que siempre: charlatanes sin cultura, filibusteros con títulos de abogados, agiotistas calvos de honradez como de pelo. Nullidades.

Ahora, en vísperas de una próxima elección asistimos a curiosos espectáculos. Desde luego la elección está maldada en su base. Las Juntas inscriptoras, unionistas en su totalidad casi, sólo han inscrito a carneros de esa grey política. Los aliancistas, los independientes, al diablo, mal elemento, gente indigna de entrometarse en la administración del Estado. La Alianza para protestar—le queda el muerjil derecho al pataleo ya que no tuvo el valor de la acción oportuna—ha reunido a sus huestes en un gran comicio. Se dijeron discursos violentos. Se habló—lo de siempre—de derechos sagrados, de libertades conculcadas. Y se observó también actitudes de suprema impudicia. Enrique Zañartu, el ridículo xenótopo asalariado de ese mandarín abotagado y criminal que se llamó Sanfuentes, ocupó la tribuna para hablar de respeto a la libertad y de atropellos a ley nacional! El olvido es fácil, el perdón de las injurias es cristiano, pero no ha andado tanto el tiempo que no se recuerde con ira de indignación el terror blanco del año 20, ni es tanto nuestro cristianismo que no llamemos, una vez más, a Enrique Zañartu infame incitador al saqueo de la Federación de Estudiantes de Chile. Esa que se

presenta solicitando los sufragios y el aplauso del pueblo, ese que hace contorsiones y coquetos de prostituta ante la multitud aborregada—¡no hay que olvidarlo!—fue el más ferviente de los turiferarios caliconistas de Sanfuentes. Zañartu aliancista y defensor de la libertad.

Por otra parte se agrava el entredicho entre el Presidente de la República y la mayoría unionista del Senado. La elección de Ñuble, Los Sauces, las leyes de urgencia y otras cosas. El Senado continúa en la actitud obstructora que adoptó, desde un comienzo, respecto a toda iniciativa del gobierno amoroso y gesticulante del señor Alessandri. Quiere desacreditarlo ante la opinión pública, impidiéndole cumplir los puntos de su programa mesiánico. Ante esa actitud ¿qué debió haber hecho el Presidente Alessandri, si es verdad que confiaba en el pueblo y en sí mismo? Una cosa muy sencilla, muy republicana, muy lógica: disolver el Senado y llamar a nuevas elecciones. Pero no se atrevió. Lo intimidó el respeto a la Constitución, al orden—¡qué orden el actual!—, a los precedentes históricos. Fue cobarde el Presidente. Con él estaba todo lo que Chile tiene de fuerte, de honrado, de joven. Tenía el ejército, los trabajadores. A pesar de todo, no fué capaz. Con ello defraudó las expectativas de toda la Nación. Perdió el cariño de las masas, perdió su ascendiente sobre la juventud. Y no sólo dejó de presentar la necesaria batalla a los vejetes lúeticos y libidinosos del Senado, sino que transigió con sus propósitos, se inclinó en repetidas ocasiones ante sus adversarios. En una palabra, demostró que le faltaba carácter, que su energía se diluía en el estrépito italiano de los discursos callejeros, que podía ser un buen Presidente, lleno de prudencia y unción constitucional, pero que no tenía relieves para ser el salvador de Chile. Hoy día, en presencia de violentas prevenciones de la Unión Nacional, y a virtud de la proximidad del acto electoral, ensaya gestos rotundos, emprende jiras de ostensible significación partidista. ¡Y cosa curiosa, el pueblo le acompaña de nuevo! Cuando en el comicio de hace pocos días apareció en los balcones, se repitieron esas furiosas ovaciones del año 20. Se oían voces: "Esta es la última vez, don Arturo". "Lo acompañamos todos, a donde quiera; pero, sea hombre!" El pueblo es ingenuo. El pueblo tiene necesidad de creer. Esta sería la ocasión de dar un golpe definitivo a las fuerzas reaccionarias que pretenden apoderarse de la dirección del Estado. Esta sería la oportunidad, de aventar—ya que no se hizo el año 21—a los gusanos que carcomen la vida del pueblo y a los cuervos que rondan para luego comerse sus despojos. Ojalá fuera así. Somos enemigos de la dictadura. Y es por eso que podemos sufrir con estúpida resignación, la tiranía que un grupo de oligarcas ignaros y sucios de impudicia cívica, está ejerciendo a la sombra de inverosímiles preceptos constitucionales. Pero nos cuesta tener el optimismo de pensar que el Presidente Alessandri—el mismo que no supo interpretar

Un punto de vista nuevo sobre Cervantes

LA NEGACION DE LA EVIDENCIA

Quando comenzamos a asistir a las charlas admirables de Américo Castro nos preguntamos varias veces: ¿Cuál irá a ser este "punto nuevo de vista sobre Cervantes"? ¿Puede jactarse alguien de abrir una nueva perspectiva espiritual en la obra, tan comentada, del manco eterno? Oímos al conferencista hablar sobre la "Celestina", sobre los renacentistas hispanos, sobre Lope como hombre y como autor dramático, y nos invadió un sentimiento de seguridad. Américo Castro podía ser sin duda alguna el revelador de "un nuevo punto de vista" en aquel panorama magno. Era un hombre versado hondamente en letras de ayer y de hoy. Había seguido hasta sus más recónditas fibras la trama de la literatura española, sin olvidar las de otras lenguas, guiado por un gusto exquisito, maravilloso. Añadamos aún que se había demostrado ya como un pensador y como un crítico firme: no podía burlar nuestra confianza.

Pues bien, a pesar de que han transcurrido unos cuantos días, conservamos aún frescas las palabras que sobre Cervantes pronunció Castro, y sobre ellas queremos bordar un comentario. Lo nuestro en esta ocasión no será nada más que el trabajo de traducción, humilde y desinteresado. Hablaremos, siempre que nos sea posible, dentro del marco de lo dicho por Castro, sin añadirle acaso más que esto ya escrito y una breve nota final, que tiene relación con nuestra tierra.

Hay en los personajes todos de Cervantes, al menos en aquellos que presiden con sus vidas el desarrollo de sus obras principales, un desequilibrio fundamental. Analizadas sus manifestaciones, se encuentra en ellas un eslabón que las unifica. La realidad vital humana, lo externo, el mundo que los rodea, no se acomodan al sentido íntimo de aquellos seres cervantinos que se llaman Don Quijote, Sancho, Carrizales el extremeño celoso, etc. Hay una falta de adecuación que es la fuente de todos los conflictos sentimentales, de las catástrofes y de los desencantos que salen al paso de estos hombres desventurados. Pero esto no es todo.

Cervantes, profundo conocedor de la vida universal, sabe cómo las cosas, las personas y las ideas, hasta las ideas, tienen una existencia completa y perfecta, regida por una lógica peculiar y una ley superior ineludible. Nacen—personas, ideas y cosas—, palpitan un instante en plenitud de vida, y mueren. Integramente o no, han realizado el objetivo primordial de su existencia, distinto para cada categoría. Han, puede decirse, escrito su página en la historia oculta de los acontecimientos de que acaso no beneficia la Historia—la grande, la que relata guerras y otros delitos de máxima cuantía—pero en los cuales abreviará con avidez la novela o el drama.

Atendidos a los dos principios, se emprende hoy una consideración de la obra cervantina que la hace aparecer, si cabe, más ampliamente humana y surecada de sentidos profundos, de correspondencias místicas

oportunamente en la acción las esperanzas de las fuerzas nuevas de este país—sea quiera, a la hora undécima de su gobierno, se ponga al frente de la cruzada renovadora.

Juan CRISTÓBAL.

riosas entre seres que pueden parecerse muy separados, más grande que antes.

En la dolorosa historia del caballero manchego la "incongruencia" de la realidad y de la imaginación afebrada de Alonso Quijano resalta a cada instante. Quijano es un ser humilde, mediocre y obscurecido en su pobre vivir provinciano. Es un hidalgo de aldea, como hay tantos. Es un hombre tímido, pacífico y hasta exento de voluntad y de ánimo. Pero ese hombre sueña una vida muy distinta: una prolongada epopeya llena de heroísmos sin límite, un tránsito triunfal y supremo por el mundo hostil, deshaciendo agravios y malaventuranzas, luchando contra los malvados, poniendo guerra al vicio y a la maldad. Don Quijote es un ingenuo, un iluso, un ser que se ha dejado llevar de un espejismo. A Don Quijote el mundo le reserva la aspereza, la rechifla y la más crasa incompreensión. Hoy mismo, ¿de comprenden todos cuántos debieran? ¿Es que realmente se puede encontrar en el padecer de un hombre—aun cuando sea sólo un personaje de novela—motivo de risa? Pero eso lo veremos después.

Los demás héroes de esta novela sin par padecen, también, de este estrabismo que toca la raíz misma de sus existencias. Sancho no es el buen sentido, la solapada "macuquería", el grosero entendimiento apegado a la tierra. No. Participa de buen grado en las locuras de su amo; le ayuda a conquistar—como amo y escedero creen—los laureles de la fama que no muere; le oye, en fin, hablar de encantamientos y caballerías dando entera fe a sus palabras... La cordura de Sancho es momentánea, se produce a raptos, en los intersticios que la desafortada sed de aventuras que a su amo domina le permite expandirse libremente. Cuando no, señor y criado viven en medio de sus ensueños magníficos y descabellados, rompiendo lanzas en su dilatada y recalitrante "negación de la evidencia".

Ahora bien, en esta vida de los héroes cervantinos hay un instante supremo de lucidez, y es el de la muerte. En la proximidad de la muerte Don Quijote vuelve a ser lo que antes de sus salidas caballerescas, conoce lo inmenso de su error y muere plácidamente, en su cama de humilde hidalgo de aldea, sin arrebatos y sin heroísmos. La naturaleza impone sus leyes férreas, pero llenas de una serenidad infinita en comparación con la vorágine moral que durante una etapa de su vida dominó al caballero.

Otros seres surgidos del espíritu de Cervantes poseen, asimismo, el sentido de esta "negación de la evidencia" que arrastra a tan luctuosos extremos. Recordemos a Carrizales, "el celoso extremeño" que afista a su mujer pensando que así logrará conservarla íntegramente para sí. Pero Carrizales olvida el segundo principio de Cervantes: las personas, como las cosas todas y las ideas, nacen para realizar un objetivo determinado. Y este objetivo en el ser humano no cabe duda de que es el amor. La mujer del extremeño, joven y bella, no puede menos de amar al único hombre que fuera de su marido, viejo e ingrato, conoce dentro de los límites de su clausura carcelaria.